

31er Domingo Ordinario A/2011

Las lecturas de este domingo nos hablan de aquellos cuya tarea es de llevar la palabra de Dios a los otros. Ellas nos advierten particularmente sobre las consecuencias que ellos reciben si no realizan su deber según la voluntad de Dios.

En la primera lectura del profeta Malaquías, Dios se queja contra los sacerdotes que no escuchan su palabra y no realizan su deber según su voluntad. En vez de estar buenos líderes per medio del ejemplo de sus vidas, ellos han sido una ocasión del pecado por la gente que confiaba en ellos. Por esta razón, Dios retirará su favor de ellos y los rechazará.

Este mensaje del profeta nos ayuda a entender mejor lo que Jesús dice en Evangelio de hoy. De hecho, en el Evangelio, Jesús critica a los escribas y los Fariseos sobre su deber. El los califica como hipócritas porque ellos predicán, pero no practican lo que enseñan. Su religión es una materia de espectáculo y una búsqueda de honor y respeto humano. Por eso, Jesús nos recomienda la humildad y el sentido del servicio como calidades para aquellos que quieren ser líderes.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? La primera cosa que aprendemos es sobre la continuidad de la fe y la importancia de la sucesión. De hecho, Jesús a menudo se encontraba en el conflicto con los fariseos y los escribas. Pero, al comienzo del Evangelio de hoy, Jesús los alaba, porque él invita a la gente a obedecerlos.

El punto de este elogio es el reconocimiento que ellos son maestros legítimos de la palabra de Dios. Dios le dio la Ley a Moisés que la pasó a su sucesor, Yosue, que, por su parte, la pasó a los profetas y de ellos a los fariseos y los escribas.

Tal evocación nos enseña algo sobre la importancia de la sucesión dentro de la iglesia. De hecho, la palabra que oímos hoy en la iglesia no es una palabra humana, sino la palabra de Dios mismo. Aquellos que nos enseñan han recibido la legitimidad del Señor y tenemos que escucharles aun cuando no estamos de acuerdo con ellos en algunas cuestiones.

La segunda cosa que aprendemos es el peligro de la religión basada en la ostentación. La religión basada en ostentación es la que se realiza a fin de ser visto por otros. Es también la que está preocupada sólo por lo que la gente piensa y se esfuerza por guardar una imagen externa de la pureza, sin el corazón dado a Dios.

La religión de ostentación es igualmente la que está basada solo en palabras y no en las acciones. Tal religión fácilmente da luz a la hipocresía. Nunca deberíamos olvidar que las palabras son baratas. Lo que cuenta más no es lo que decimos sino lo que hacemos. Seremos juzgados no por lo que decimos sino por lo que hacemos.

De hecho, hay una tendencia en cada uno de nosotros de fácilmente corregir a otros que nosotros mismos. Damos fácilmente lecciones a los otros como ellos deberían comportarse y olvidamos de hacer lo mismo con nosotros. Por hacer así, actuamos exactamente como los fariseos y los escribas que pusieron cargas pesadas sobre la gente sin ellos hacer esfuerzos por llevarlos a cabo.

Otra cosa que aprendemos es sobre el lugar central que Dios debería ocupar en nuestras vidas y en nuestras actividades. Como la experiencia humana nos ha mostrado, aquellos que enseñan a otros tienen un poder sobre ellos. Esto es verdadero no sólo para la enseñanza humana, sino también para la enseñanza de la palabra de Dios.

El peligro que hay aquí es de olvidar que esto es el trabajo de Dios y no el nuestro. Nunca deberíamos olvidar que lo que hacemos es hecho para la gloria de Dios. Por lo tanto es Él quien tiene que ser alabado y honrado en lo que hacemos, y no nosotros. En aquella perspectiva, todos nosotros, sacerdotes, diáconos, los catequistas, los predicadores, son trabajadores simples de Dios. Es Él quien es el maestro único del trabajo que hacemos. Es la razón por la cual Jesús le dice a sus discípulos y a la muchedumbre que ellos tienen sólo un "Padre en el cielo" y un Maestro "Cristo".

Lo que Jesús dice aquí no significa que no podemos llamar aquellos que nos enseñan "profesores" o aquellos que nos han dado la vida "padres" "o madres". El problema es sobre todo el entendimiento que estos títulos no son exclusivos, pero derivados de Dios y dependientes de Dios que es el maestro verdadero y el padre verdadero de todos nosotros. No hay ninguna razón para glorificarnos sobre nuestros títulos, porque toda la gloria pertenece a Dios. Esto es lo que los fariseos y los escribas habían olvidado.

Es por la misma razón que Jesús nos invita a la humildad y la exigencia que el mayor entre nosotros sea el servidor de los otros. Aquí San Pablo nos da un modelo de tal humildad que tenemos que imitarlo. En su misión él se pareció a una madre, llena de ternura, afecto y cariño por cada uno de aquellos confiados a él. Él no se comportó de manera autoritaria sobre aquellos a quienes él predicaba el Evangelio, pero en vez como un hermano y el servidor.

Oremos que Dios nos ayude a ponerlo primero en todo lo que hacemos. Pidámosle que nos de coraje para predicar con nuestros ejemplos en vez palabras. Aprendamos de Dios como ser un padre bueno y una madre buena. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Malaquías 1, 14-2, 8-10; 1Tesalonicenses 2, 7-9. 13; Mateo 23, 1-12



Fecha de la Homilía: el 30 de Octubre, 2011
© 2011 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20111030homily.pdf